

ESTRATEGIA

ISSN-0185-6391

REVISTA DE ANALISIS POLITICO

• movimiento popular • centroamérica • opción económica
• la fase de la lucha • derechos indígenas • el acnade

Precio Pacto
\$ 8 000

99

mayo
junio
1991

| | |
|--|-----------|
| Movimientos populares: desafíos y perspectivas / <i>Frei Betto</i> | 1 |
| Guatemala En la alternativa de la democracia | 8 |
| Honduras La lucha por la democracia frente al proyecto neoliberal / <i>Zoila Marina Rodríguez</i> | 13 |
| El Salvador La paz: un objeto huracán / <i>Ricardo Gómez (Salpress)</i> | 17 |
| Nicaragua Finalizó la guerra, pero... / <i>Juan José García</i> | 21 |
| Ante el futuro urge un tratado más equitativo / <i>Cuauhtémoc Cárdenas</i> | 25 |
| Esbozo de una opción: economía con desarrollo social / <i>Armando Labra M.</i> | 28 |
| Por un acuerdo en verdad nacional y democrático / <i>Luis González Souza</i> | 36 |
| Fase actual en la lucha de nuestro pueblo / <i>Alonso Aguilar Monteverde</i> | 43 |
| La nación en peligro / <i>Rufino Perdomo</i> | 65 |
| El reconocimiento constitucional de los derechos indígenas / <i>Iván Rincón Esprú</i> | 72 |
| Jesús Silva Herzog, cada vez más actual / <i>Fernando Carmona</i> | 79 |
| 30 de Abril 16 años después / <i>Nguyen Van Nganh, Embajada de Vietnam en México</i> | 89 |

Estrategia. Revista de análisis político. Publicación bimestral de PUBLICACIONES SOCIALES MEXICANAS S.A. México, Año XVII, Vol. 3, No. 99, mayo-junio de 1991. Dr. Vértiz 1295-202 (Plaza Jorge Dimitrov). Col. Letrán Valle, 03650 D.F. o Apdo. Postal 73-206, 03020 México D.F. Tel. 604-75-39.

DIRECCION COLECTIVA: Alonso Aguilar Monteverde, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Ignacio Hernández, Luis González Souza, Gastón Martínez Rivera, Rufino Perdomo.

GERENCIA: José Rodríguez Macías

COLABORADORES: Rodolfo Barona, Víctor Manuel Bernal Sahagún, Luis Carrión, Víctor Cruz, Jesús Hernández Garibay.

AUTORIZADA con licitud de título y contenido 504-390 y 504-393 del 15 de abril de 1975. Correspondencia de 2a. clase DGC 0050675 características 229251 209.

SUSCRIPCIONES: En México, anual ordinaria 40,000 pesos; anual de apoyo 80,000 pesos; anual institucional 80,000 pesos. En el extranjero: 35 dólares EUA. Precio del ejemplar 8,000 pesos; ejemplares atrasados 8,000 pesos.

Portada: **Myra Landau** "Ritmo miércoles de ceniza" (1979) Viñetas: **José Luis Rodríguez**

Fase actual en la lucha de nuestro pueblo

A corto plazo, las fuerzas democráticas y progresistas podrían plantearse tres objetivos muy importantes que no sólo no se excluyen sino que debieran apoyarse entre sí, el primero de esos objetivos sería fortalecer el movimiento popular, el segundo activar la lucha electoral y de masas y el tercero enriquecer el conocimiento de la realidad e intensificar el trabajo de propaganda y la lucha ideológica.

Alonso Aguilar Monteverde.

¿Es posible un cambio significativo?

En trabajos publicados recientemente en ESTRATEGIA, entre otras personas por el autor del presente artículo, se sostiene que la situación actual a la que se enfrentan nuestros pueblos, o sea los de América Latina y el Caribe, es particularmente difícil. Y ello, desde luego, vale para el pueblo mexicano.

Pensamos que la presente es una situación muy difícil por diversas razones: porque los países socialistas viven una profunda crisis que, en general, los ha debilitado grandemente; porque los poderosos imperios capitalistas aunque también sufren una severa crisis, en ciertos aspectos se han fortalecido y, sobre todo los Estados Unidos y la RFA se sienten triunfantes y en condiciones de imponer condiciones a los demás. Bush, inclusive desde antes de su discutible triunfo en la innecesaria y cruenta guerra contra Irak anuncia un "nuevo orden mundial", que al parecer empezó a forjarse desde la guerra sucia contra Nicaragua y la invasión a Panamá, y que si se asocia al precio enorme que la actual división internacional del trabajo, el injusto sistema de relaciones prevaleciente y los mecanismos, no menos injustos, a través de los cuales despojan las naciones más ricas a los países subdesarrollados de una parte sustancial de su excedente, da cuenta de los graves problemas a que esos países se enfrentan.

En el plano interno las cosas parecen también bastante adversas, e incluso en el caso de México cuya condición es menos difícil que la de otros países hermanos, lo cierto es que persiste la crisis, que las condiciones de trabajo y de vida del pueblo se han deteriorado dramáticamente en tanto los ricos se vuelven más ricos, y que la dependencia, sobre todo respecto a los Estados Unidos se ha acentuado acaso como nunca antes, debido a continuas y graves lesiones a nuestra soberanía.

Todo lo anterior explica el descontento de millones de personas y exhibe a la vez un estado de cosas que muestra que la conservadora política en boga sigue aplicándose sin mayores dificultades y que la clase en el poder y específicamente los grupos industrial-financieros más poderosos están, en lo fundamental, de acuerdo con ella; que las posiciones más tecnocráticas, extranjerizantes y derechistas se han fortalecido dentro y fuera del aparato estatal y del gobierno mientras las posiciones liberales se debilitan, y las propiamente democráticas y progresistas, vinculadas a un movimiento popular de nuevo tipo, logran a veces alentadores avances y en otros momentos sufren tropiezos y aun derrotas que comprueban las dificultades a que hacen frente.

Para apreciar mejor lo que hoy acontece así como la dirección en que las cosas se desenvuelven, a nuestro juicio es necesario tratar de ver la realidad o al menos sus rasgos más característicos y significativos, no estáticamente sino en perspectiva, esto es de ma-

nera dinámica y en el cambiante escenario en que se producen.

Cuando hablamos de la lucha del pueblo nos referimos, primordialmente, a la lucha por el poder, pues éste es el eje y a la vez el objetivo fundamental del quehacer político. Pero la conquista del poder, con todo y ser decisiva, no es un hecho que pueda anticiparse con precisión ni menos todavía calendarizarse de modo de saber cuándo y cómo se realizará. En las condiciones actuales de México podría decirse que recorreremos una fase en la que esa meta empieza a definirse con mayor claridad y en la que cobran fuerza tanto ciertas luchas de masas como la presencia de los partidos políticos y aun de personas y grupos no organizados, en los procesos electorales. Por ello parecería razonable pensar en que la fase actual de la lucha por el poder podría extenderse a lo largo del actual decenio y aun cubrir los primeros años del siglo que está por iniciarse, o sea abarcar un lapso en el que están previstas dos a tres elecciones presidenciales, y en el que seguramente se producirán múltiples cambios.

En ese período las fuerzas democráticas y progresistas pueden lograr grandes avances. Por ejemplo no es imposible que, con mejor organización, con una posición realmente unitaria y con el apoyo cada vez más resuelto y conciente del pueblo ganen puestos claves e inclusive que logren llevar al triunfo a su candidato a la presidencia de la República; pero aun en este caso, o sea de poder formar un gobierno democrático-popular in-

dependiente, a partir de ese momento la lucha por el poder se desplazaría a otros planos y empezaría a recorrer una nueva y más difícil etapa, en la que los grupos más poderosos y conservadores tanto nacionales como extranjeros echarían mano de todos los medios a su alcance, incluida desde luego la fuerza, para defender sus intereses y preservar sus privilegios.

O sea que logrando o no avances significativos la estrategia de las fuerzas democráticas tendrá que proyectarse en un lapso suficientemente amplio y, a la vez no excesivo para, o bien lograr el triunfo en alguna de las próximas elecciones presidenciales, y a partir de ahí intentar una transformación que permita conquistar el poder económico y político real, o bien contribuir a modificar la actual correlación de fuerzas, y aun no triunfando a corto plazo en las batallas decisivas, conseguir una mayor participación en el gobierno, en la toma de ciertas decisiones y en la actual estructura de poder así como creciente influencia, al menos para lograr que la política en acción sea menos desfavorable para el pueblo en su conjunto.

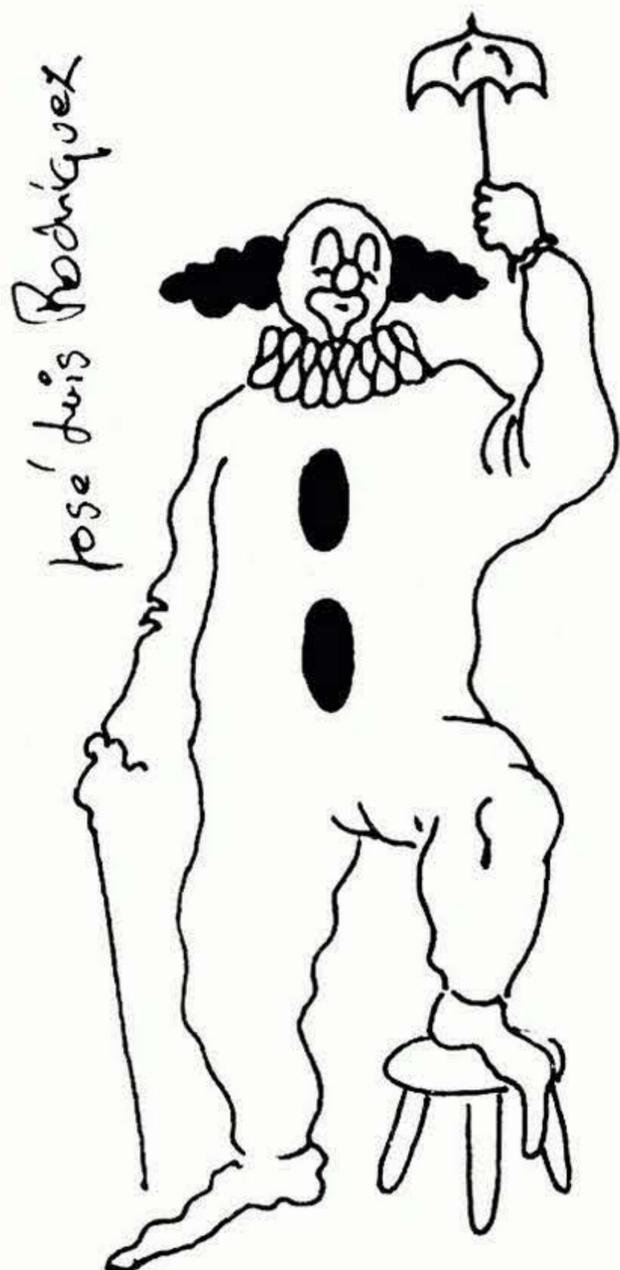
Para avanzar sobre bases más sólidas y con mayor rapidez conviene, asimismo, tener claridad acerca de la etapa que hoy se recorre en la lucha popular. Al respecto tanto desde una perspectiva política como económica, interna e internacional, pensamos que la presente etapa corresponde, en lo fundamental, al sexenio 1988-94 mas no porque deba ajustarse

convencionalmente a tal periodo, sino porque las elecciones de julio de 88 fueron en cierto modo un parteaguas del proceso político mexicano, porque en ellas no sólo afloró el descontento acumulado tras largos años de crisis, antidemocracia, subordinación al extranjero y deterioro de las condiciones de vida del pueblo, sino la acción y la decisión de millones de compatriotas de votar en favor de un cambio, de una ruptura con lo viejo y de búsqueda de nuevos caminos para resolver nuestros más graves problemas. Y porque la prueba de si esa decisión es o no capaz de cambiar las condiciones del país se vivirá, sobre todo, en las elecciones presidenciales de 94. En lo económico también el actual sexenio, o sea el del gobierno de Salinas de Gortari enmarca la presente etapa, pues concluirá en 1994, y entonces sabremos si persiste la antipopular y desnacionalizadora política en acción, o si el pueblo es capaz de abrir paso a una estrategia alternativa que en verdad haga posible enriquecer la vida democrática y preservar nuestra soberanía. O sea que lo que se juega en este sexenio es fundamental, y ésta la razón por la que lo vemos como la presente etapa de la lucha.

El saldo de lo ocurrido hasta aquí

No es nuestro propósito recapitular, en estas páginas, sobre lo acontecido en los últimos años. En realidad sólo pretendemos destacar lo que, a manera de saldo, caracteriza la situación actual.

● En lo económico se ha empezado a crecer lenta, desigual e inestablemente y aun corregídose de manera parcial ciertos desequilibrios; pero la crisis persiste y siguen presentes la inflación, el desempleo, el todavía oneroso servicio de la deuda externa, el debilitamiento de la planta pro-



ductiva y en particular de la industria mexicana de bienes de capital, la especulación sobre todo en la órbita comercial y financiera, el déficit de la balanza de mercancías y servicios y una cada vez mayor dependencia respecto a los Estados Unidos.

● En lo social, acaso el más grave problema consista en la dramática desigualdad que hoy padecemos, esto es en la concentración sin precedentes de la riqueza en poder de una minoría privilegiada

— los 300 “dueños de México, del banquero Legorreta — y la propagación, también sin precedentes de la miseria entre más de 30 millones de compatriotas que carecen prácticamente de todo, y el deterioro del nivel de vida del resto de la población. Y a ello habría que añadir el agravamiento de problemas tales como la inseguridad, la violencia, la criminalidad y el narcotráfico.

● En lo cultural, quizás el saldo principal sea que, precisamente cuando más necesitamos volver a nuestras raíces más profundas y recoger enseñanzas fundamentales de nuestra historia y de las luchas de nuestro pueblo para reafirmar nuestra identidad y fortalecer nuestra soberanía, lo cierto es que la ofensiva propagandística de los medios masivos de comunicación difunde los valores supuestamente modernos, democráticos y humanistas, aunque en realidad casi siempre mercantiles y de escasa o nula significación cultural y moral, que los grupos nacionales y sobre todo extranjeros más poderosos imponen en defensa de sus

intereses.

● Y en cuanto a lo político, la vida nacional sigue moviéndose en el marco de un viejo y antidemocrático sistema en el que si bien han cobrado mayor importancia los procesos electorales, éstos exhiben múltiples fallas, irregularidades y aun fraudes que explicablemente promueven la desconfianza, el abstencionismo y la pérdida de credibilidad en las instituciones y en la acción del

gobierno. El carácter antidemocrático del sistema político es, probablemente, el rasgo dominante, porque antidemocráticos son el funcionamiento del Estado y su ingerencia en el movimiento sindical y las organizaciones de masas, el régimen de un partido oficial privilegiado y la imposición burocrática de quienes nos gobiernan, la frecuente violación de los derechos humanos, diversas formas de corporativismo, la corrupción, el rápido enriquecimiento de la mayor parte de los altos funcionarios y su estrecha relación con los grupos económicos más influyentes y poderosos.

Todo lo anterior significa que lejos de que como algunos creen, en México sea hoy punto menos que imposible pensar en un cambio de fondo, las condiciones objetivas para que éste se produzca están, sin duda, presentes y aun maduras. En efecto, sin sugerir que tales condiciones entrañen una situación revolucionaria o siquiera prerrevolucionaria, lo cierto es que las fuerzas productivas han dejado de crecer al ritmo a que lo hicieron por varias décadas, las oportunidades de empleo son del todo insuficientes ante los millones de trabajadores que demandan trabajo, la desigualdad social es cada vez mayor, el poder de unos cuantos centenares de multimillonarios es enorme, la miseria de gran parte del pueblo es dramática, la subordinación de actividades económicas fundamentales e incluso de la política económica en su conjunto a los intereses extranjeros es creciente y constante la lesión a nuestra so-

beranía, lo que debilita la democracia y la independencia e impide que el pueblo mexicano tome en sus manos las riendas de la nación y sea él quien decida, en su propio beneficio, lo que ha de hacerse.

Las condiciones subjetivas del cambio

Y si hay condiciones objetivas maduras para un cambio, ¿a qué obedece que éste no se produzca? En esencia, a que faltan las condiciones subjetivas, que en realidad son las fundamentales.

Veamos. El cambio en los procesos sociales no se da, desde luego, mecánicamente. En México padecemos en los últimos años estancamiento económico, desempleo, inflación, explotación, miseria, graves problemas sociales, antidemocracia y una visible pérdida de independencia; pero lo que no estuvieron presentes fueron la organización, la decisión, la acción, y en resumen, las condiciones políticas para que todo eso cambiara. En efecto:

- El grueso del pueblo sigue careciendo de organización, o sea no sólo no milita en partidos u otras organizaciones políticas sino que en general, ni siquiera lo hace en un sindicato o alguna organización social o cívica;
- Aun los trabajadores que están sindicalmente organizados — apenas poco más del 20% del total — y que en años recientes han luchado por obtener mejores salarios y porque se respeten sus condiciones laborales y la autonomía de sus organizaciones, en realidad

han sido víctimas de un cada vez mayor empobrecimiento, de despidos masivos, de la violación a sus contratos colectivos, del recorte de prestaciones y aun de la cancelación de ciertos derechos, no obstante lo cual desconfían de la política y no se plantean todavía, como objetivo fundamental, la lucha por el poder;

- Inclusive muchas organizaciones sindicales y otras de masas padecen viejas o nuevas formas de corporativismo, es decir están subordinadas a la dirección del Estado o de los empresarios, y no sólo carecen de independencia y de una línea política propia sino que en ellas prevalece una u otra variante de la ideología burguesa, lo que sin duda limita su capacidad de acción y de lucha;

- Los campesinos y trabajadores del campo se enfrentan a condiciones aún más difíciles: abandono de la reforma agraria, lento crecimiento de la producción agrícola, descapitalización, precios que no compensan la elevación de los costos, bajos salarios y emigración de mano de obra hacia ciertas ciudades y, sobre todo, hacia los Estados Unidos, todo lo cual auspicia la dispersión o al menos muy bajos niveles de organización;

- Quienes viven en las zonas más pobres de las grandes ciudades han sido también duramente golpeados por la miseria, y aun aquellos que se organizan de diversas maneras y reclaman servicios básicos, a menudo lo hacen todavía aislados y sufren las consecuencias de la crisis y de la política económica que restringe el gasto social y afecta, así, el nivel de vida

de numerosos trabajadores y pequeños productores;

- El solo hecho de que centenares de miles de trabajadores estén hoy desempleados, si bien acentúa el descontento y propicia ciertas formas de protesta, a la vez dispersa a numerosos trabajadores, los aísla de los que tienen trabajo y obliga a muchos de ellos a convertirse en pequeños comerciantes que, sin organización y casi siempre sin experiencia ni perspectivas se incorporan individualmente a la llamada economía «informal» que, a menudo como un nuevo tipo de subempleo se extiende y cobra impulso sobre todo en la capital de la República y en las principales ciudades de provincia;

- Entre los propios estudiantes de centros de educación media y superior, que en otros momentos desplegaron gran iniciativa y jugaron un papel muy importante en la lucha social y aun política, las cosas hoy parecen más tranquilas. Y si bien no dejan de desplegarse ciertas acciones que revelan que el estudiantado sigue siendo un sector inquieto, preocupado por algunos grandes problemas nacionales y capaz de actuar con frescura y creatividad, de momento no parece estar entre las fuerzas más activas, sino en cierto modo en espera de que otras tomen la delantera;

- En cuanto a las mujeres, su participación en la fuerza de trabajo aumentó notablemente en los últimos decenios debido a una cada vez mayor preparación y a las más amplias posibilidades que les abrió el desarrollo económico del país, pero su condición como fuerza po-

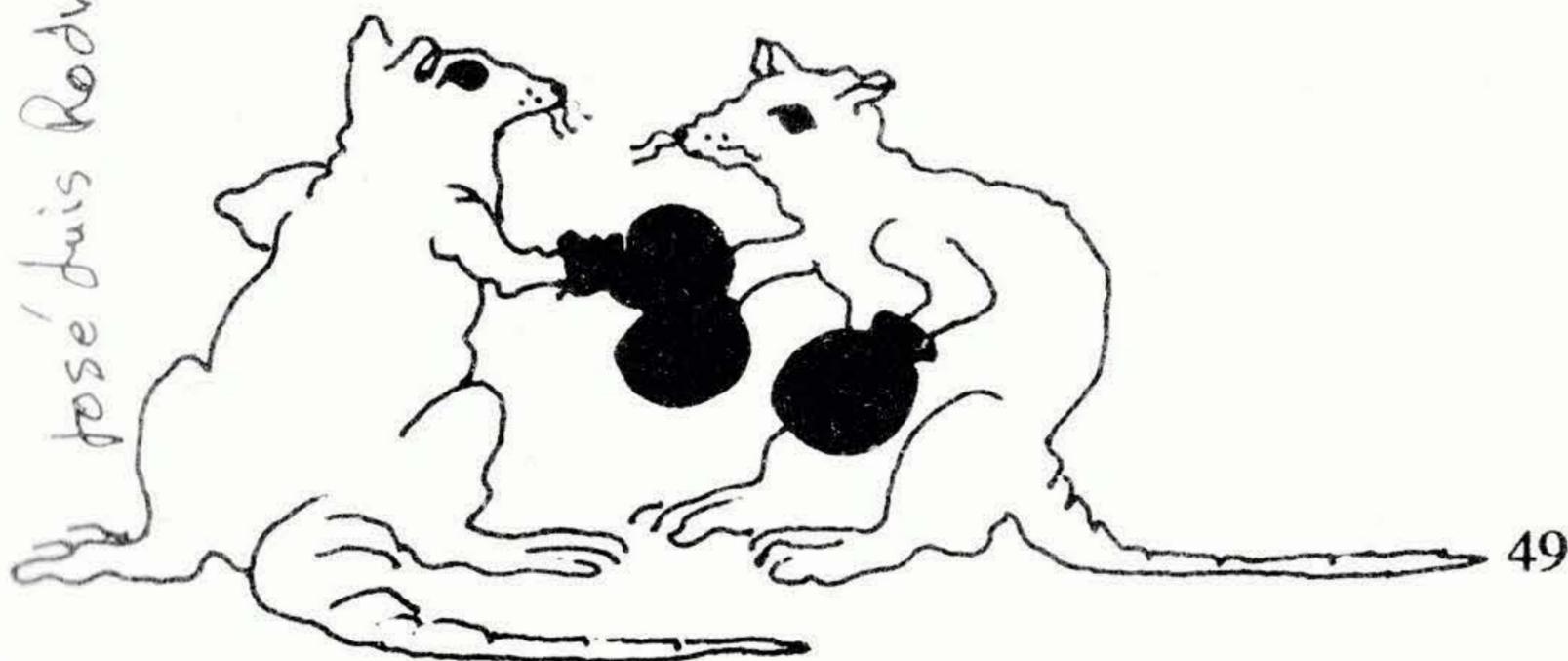
lítica es todavía muy débil. La gran mayoría de las mujeres que trabajan en el comercio y los servicios urbanos, en la industria pequeña y mediana, desde luego en el servicio doméstico y, en general, en el campo, carecen de organización. Su presencia en la vida política y concretamente en puestos públicos es mucho más limitada que la del hombre, y además, como es sabido, la mujer es a menudo víctima de la discriminación, del machismo, de un trato injusto en su trabajo, de formas de superexplotación y aun de diversos tipos y grados de violencia que muestran que a nadie, como a ella, beneficiaria tanto un cambio social.

● Inclusive quienes se organizan políticamente y se valen de mejores armas para lograr que las cosas cambien, tropiezan con obstáculos no fáciles de vencer. Quienes militan en el PRI comprueban que la resistencia a un cambio democrático es manifiesta, y que los defensores del actual orden de cosas son realmente quienes deciden lo que ha de hacerse. Y por lo que concierne a quienes se inscriben en la oposición progresista, para desde ahí buscar el cambio, lo cierto es que actualmente se reparten en seis partidos registrados y algunos

más no registrados, que en buena parte dependen de los recursos financieros que el gobierno les proporciona y no de su propia militancia, cuya unidad es aún muy limitada e inicial y que en general centran su atención en las elecciones, pero cuya presencia en la actual estructura de poder — salvo el caso del PRD en Michoacán — y en menor escala en Guerrero y varios distritos de otras entidades, es todavía muy débil;

● Y un dato complementario significativo es que aparte de la debilidad que las fuerzas progresistas exhiben en los planos económico, social y político, en el ideológico su posición no es menos difícil. En efecto su presencia en la televisión y la radio es mínima, en la prensa escrita sólo cuentan con muy modestas publicaciones propias y con el apoyo de unas cuantas revistas y algunos comentaristas en diarios de amplia circulación, aunque, al propio tiempo, en ciertos centros de estudios, en grupos culturales y entre organizaciones de trabajadores, pese a la intensidad de la propaganda adversa se advierte que las posiciones progresistas, presentes en múltiples debates, tienen prestigio y son vistas con respeto y aun con simpatía.

José Luis Rodríguez



Un nuevo hecho político: el movimiento popular

El que los niveles de organización, de conciencia y acción del pueblo mexicano sigan siendo insuficientes no significa, desde luego, que la situación de nuestro país sea igual a la de hace unos años. De ninguna manera. En la fase actual de la crisis que nos aqueja ha habido cambios de diverso alcance y acaso el principal de ellos consiste en que el pueblo ha empezado a actuar.

Las elecciones presidenciales de julio de 1988 significaron un quiebre en nuestra vida política. El gobierno y el partido oficial no habían vivido un momento tan difícil, y las fuerzas democráticas y progresistas, a su vez, no habían realizado una acción tan importante como la del 6 de julio de ese año.

Algunos, los más optimistas, pensaron que a partir de ahí se lograrían rápidos triunfos pues la clase en el poder no podría impedir al pueblo abrirse paso. Otros, en cambio, vieron el estallido de que hablamos como un hecho aislado tras el cual todo volvería a sus cauces «normales». A la postre lo acontecido no fue una ni otra cosa. Y si bien en la lucha electoral hubo un explicable reflujó y no volvió a registrarse hasta ahora una acción comparable a la que el 6 de julio encabezó Cuauhtémoc Cárdenas, en otros planos se multiplicaron las luchas populares más diversas, lo que a nuestro juicio no fue casual sino revelador de que, pese a sus altibajos y debilidades, en México está en proceso un mo-

vimiento del pueblo que, como antes dijimos, quizás constituye el cambio más importante en la vida política nacional y, desde luego, un hecho que es necesario tener presente al pensar en la posibilidad de una transformación social.

En el plano político y concretamente electoral aunque los resultados para las fuerzas democráticas no han sido, en general, satisfactorios, en parte porque están presentes limitaciones que no es fácil superar, y en parte porque el sistema electoral adolece de fallas y vicios y porque el enemigo a vencer no es débil e incluso se ha fortalecido recientemente, se advierte mayor interés en las elecciones, y, pese a los altos niveles de abstencionismo y a la desconfianza de mucha gente, hay además mayor conciencia en torno a la necesidad de democratizar la vida política de la nación. Y en otros planos, como antes dijimos, se libran también múltiples luchas.

En el movimiento sindical, por ejemplo, la justa demanda de mejores salarios empieza a generalizarse, y junto a ella se reclama derecho al trabajo y defensa de la planta productiva, así como respeto a los contratos colectivos y a la Ley de Trabajo, que con el apoyo del gobierno intenta reformarse y convertirse en una ley patronal, que fundamentalmente defienda los intereses de los empresarios.

El movimiento urbano-popular, cuya lucha se ha ampliado y enriquecido con nuevas y legítimas organizaciones y demandas que le dan mayor proyección social, aun en las difíciles condiciones prevalecientes no ha deja-

do de actuar e incluso algunos de sus componentes adquieren mayor conciencia política.

El solo hecho de que en la ciudad de México casi no pase un día sin que se realicen acciones de un tipo u otro: plantones, marchas, ocupación de ciertas instalaciones, mítines, protestas, encuentros, huelgas y paros exhibe las nuevas maneras en que se manifiesta la inconformidad y la acción del pueblo.

El conjunto de esas fuerzas constituye un potencial que sería un error menospreciar. Y, a la vez, el carácter del movimiento en que participan impone limitaciones que también sería erróneo no advertir. Dicho movimiento, en efecto, no es un esfuerzo formalmente organizado cuyos integrantes actúen de común acuerdo y con metas bien establecidas. En realidad, en él participan fuerzas muy heterogéneas, muchas no organizadas o con bajos niveles de organización que actúan a menudo de manera dispersa y espontánea, sin conocer o al menos prestar atención a lo que otros hacen y que carecen hasta ahora de planteos globales, de propuestas alternativas y de mecanismos y formas de articulación que les permitan apoyarse mutuamente, avanzar en el difícil pero necesario proceso de unificación y hacer valer la fuerza del conjunto, y no sólo de algunas de sus partes de manera aislada.

Lo que quiere decir que el movimiento popular tiene todavía por delante un largo camino que recorrer, y que el papel que le toca jugar puede ser muy importante si, entre otros, se logran estos avan-

ces: que la lucha popular empiece a cobrar fuerza en regiones y sectores en los que todavía está ausente o es muy débil; que se eleve el nivel de organización, que sus acciones comiencen a tener continuidad y cierto eslabonamiento, que la conjugación de esfuerzos se traduzca en posiciones y propuestas comunes y que el pueblo entienda que aun aquellas luchas que hoy se ven como ajenas a la política, en alguna medida son también luchas políticas que requieren de la participación de las más diversas organizaciones. Pero esta participación tendrá que ser conciente, voluntaria, no impuesta de arriba abajo ni fruto de que las organizaciones sociales se subordinen a las propiamente políticas y abandonen o descuiden los espacios en que su acción tiene incluso mayores posibilidades.

La lucha por la democracia

Hasta ahora, las numerosas organizaciones que de alguna manera forman parte del movimiento popular, plantean sus propios reclamos, sean éstos de corte reivindicativo o de mayor alcance. En ciertos casos hay coincidencias significativas, y una de las demandas que sin ducha ha cobrado importancia es la de mayor democracia. Curiosamente, empero, como se habla tanto y desde tan diversas posiciones de la democracia, lo cierto es que a menudo no es fácil saber qué es lo que, concretamente, se pretende.

Hace apenas unas semanas se aprobó, por varias decenas de organizaciones políticas y sociales el

Acuerdo Nacional para la Democracia —*Acnade*—, que fundamentalmente se propone lograr un régimen electoral democrático en nuestro país. Para ello, dicho acuerdo considera que es necesario combatir el abstencionismo y convencer a la gente que debe votar, empezando por hacerlo como nunca antes en las próximas elecciones federales previstas para agosto próximo, y que, de alcanzarse una mayoría de votos en la Cámara de Diputados, desde aquí podría aprobarse una reforma electoral realmente democrática e incluso modificarse la Constitución.

El énfasis que el *Acnade* pone en la cuestión electoral, en un año de elecciones, es comprensible. El pueblo está cansado de la imposición, del autoritarismo y de que las principales decisiones, aun en los asuntos que más le importan, se tomen burocráticamente y sin su participación. Pese a ello ni es fácil lograr lo que se pretende ni el aspecto electoral es, desde luego, el único que importa en la lucha por la democracia.

En las elecciones que están por realizarse es probable que la abstención siga siendo muy alta, lo que sería explicable porque son muchas y muy complejas las causas que la determinan, y muy breve el plazo de sólo unos meses para actuar sobre ellas eficazmente. Como el gobierno se ha fortalecido y cuenta con una no deleznable base social y con medios que le permiten ganar y aun comprar votos, no es de descartarse que echando mano, además, de otros recursos legales y aun ilegales, se

declare triunfante. E inclusive si los grupos de oposición de izquierda, centro y derecha conquistan entre todos la mayoría de votos, a la luz de lo que ha ocurrido en otras ocasiones, seguramente no sería fácil lograr un acuerdo entre ellos que les permita actuar de manera conjunta.

Independientemente de ello, la lucha por la democracia y su perspectiva dependen no sólo de lo electoral, sino de lo que acontezca en otros frentes.

Organizaciones de muy diverso tipo, desde sindicatos de trabajadores hasta agrupaciones sociales de diferente naturaleza exigen hoy democracia interna, respeto a su autonomía y no ingerencia del Estado o de otras fuerzas en sus asuntos. Y tal demanda es, sin duda, una de las formas que asume la lucha por la democracia. El respeto que otros grupos reclaman a los derechos humanos, entendidos no sólo como las viejas garantías individuales sino como el conjunto de derechos de mayor amplitud que las Naciones Unidas reconocen como tales, es otra forma concreta de defender la democracia. Y, desde luego las múltiples luchas que el pueblo libra por mejores salarios y condiciones de trabajo y de vida dignas son también, en el plano socioeconómico, acciones en favor de la democracia, que sin embargo, bajo la actual crisis y ante las conservadoras políticas hoy dominantes resulta muy difícil realizar exitosamente. E incluso la defensa de la soberanía nacional y de la independencia, tan lesionadas por esas políticas desnacionalizadoras y antipopulares, constituye uno de

los medios para fortalecer la vida democrática y lograr que el pueblo y no sólo una minoría privilegiada de ricos nacionales y extranjeros, decida lo que se hace.

La lucha por la democracia, en resumen, es muy importante pero difícil, y desde luego no tendrá éxito si se limita a lo electoral o incluso a lo político. El ámbito de la economía y de la problemática social y cultural es otro importante escenario en donde también debe librarse, lo que en otras palabras significa que no es una acción aislada sino una de las expresiones de la lucha social en su conjunto.

Lucha social y lucha por la soberanía

Hablar de la lucha social, en una sociedad capitalista como la nuestra remite necesariamente a la lucha de clases. Y si bien ésta no es la única forma que aquélla adopta, de no reparar en ella, incurriamos en un serio error.

De la lucha de clases se habla cada vez menos. El discurso burgués convencional, pese a ser típicamente clasista, ignora a las clases sociales, empezando con la propia burguesía. En parte ello obedece a razones meramente ideológicas, y en parte a que esa lucha no tiene, hoy, en nuestro país, la intensidad que en otros. Pero desde luego está presente y aun es fundamental.

A principios de los años ochenta, la burguesía mexicana se debilitó a consecuencia del agravamiento de la crisis económica

que significó suspensión del crédito del exterior, inflación, fuerte devaluación del peso, estancamiento, disminución de la demanda, pérdidas en muchas empresas y aun quiebra de algunas, y un drenaje sin precedentes de recursos hacia el exterior, y concretamente de enormes sumas de divisas a



otros países. La nacionalización de la banca, decretada en 1982 y las demandas salariales de los trabajadores, también contribuyeron de momento a debilitar a la burguesía, sobre todo empresarial, y aun a las fracciones oligárquicas más poderosas.

En los años siguientes, a partir de una reestructuración del capital y de la imposición de los conservadores "programas de ajuste", la lucha de clases cobró intensidad, aun cuando no se ex-

presara necesariamente en una abierta confrontación. En términos generales, los grupos monopolistas se fortalecieron, aunque desde luego unos más que otros, e incluso algunos retrocedieron y perdieron significación. Entre los que más ganaron terreno destacan los que se vincularon estrechamente al capital extranjero y a la exportación, los que lograron modernizarse tecnológicamente y elevar la eficiencia de sus empresas y los que, dejando o no ciertas ramas productivas, incursionaron en la actividad financiera y comercial y se beneficiaron de la especulación y las altas tasas de ganancia prevalecientes.

La burguesía no monopolista, en su conjunto, y en particular los pequeños y medianos empresarios perdieron significación, lo que ocurrió también a quienes estaban vinculados a actividades productivas que fueron duramente afectadas por la crisis. Y en el seno de la llamada «clase política», o sea de las fracciones más directamente ligadas al Estado, al gobierno y al ejercicio del poder político, se acentuó por un lado el carácter fundamentalmente burgués de la misma, y los jóvenes y más conservadores tecnócratas ganaron fuerza frente —y aun hicieron a un lado o relegaron a posiciones secundarias— a los políticos liberales de corte «populista».

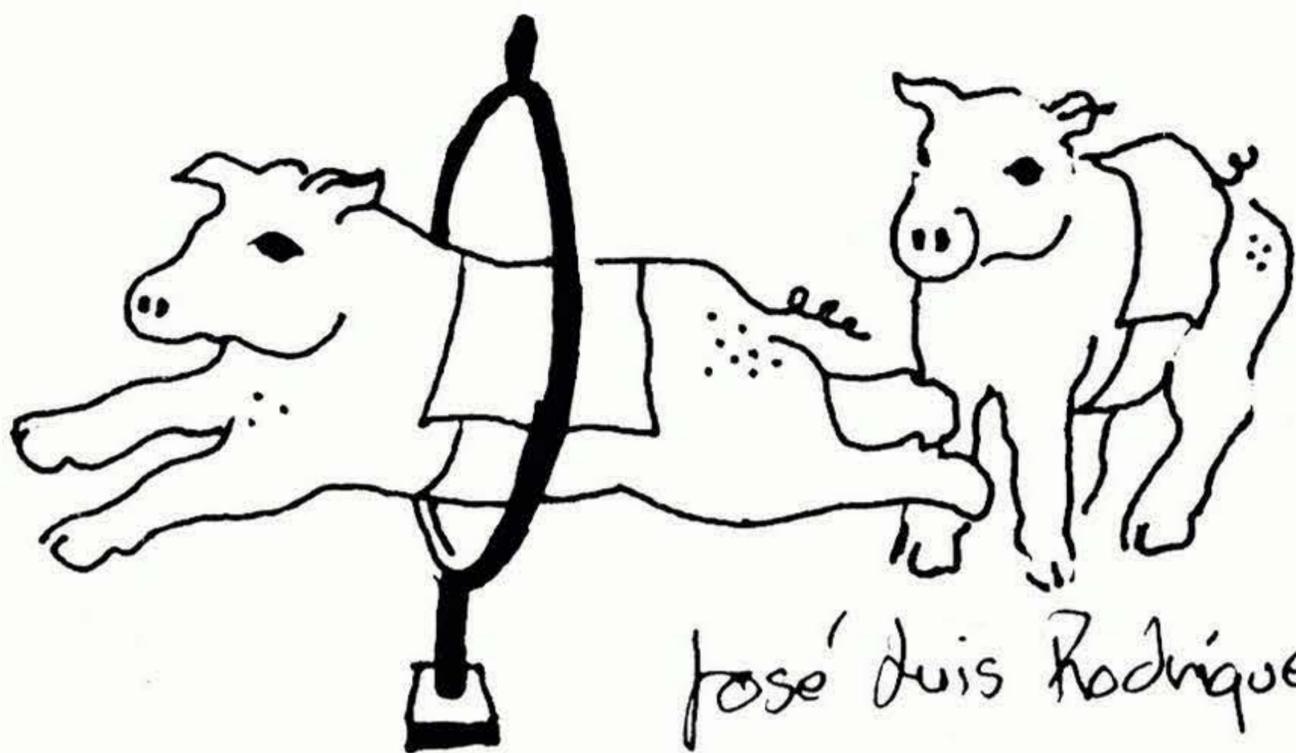
Tanto la crisis como la política económica colocaron en condiciones muy desventajosas al grueso de los asalariados, sobre todo de más bajos ingresos. Y como ya vimos tanto los obreros como los campesinos y empleados de diver-

so tipo, con preparación técnico-profesional o sin ella, sufrieron un gran deterioro salarial y un debilitamiento en su capacidad organizativa y de acción. El desempleo incluso dispersó y empobreció a centenares de miles de trabajadores y la «economía informal», en su mayor parte de pequeños comerciantes carentes de organización, creció a un ritmo inusitado.

El hecho de que la salida de la crisis y la superación de ciertos desequilibrios se proyectaran a partir de una mayor explotación de los trabajadores, de una política de rápida y sustancial reducción de los salarios reales y de debilitamiento del movimiento sindical, al que se exige una flexibilidad que contrasta con la rigidez de las posiciones patronales que abiertamente defienden la Secretaría del Trabajo y las Juntas de Conciliación, revela que la lucha social se ha expresado centralmente en un cada vez más injusto reparto de la riqueza y el ingreso nacionales.

Desde luego esa lucha ha asumido otras formas. En el plano ideológico se expresa todos los días en la prensa, radio y televisión; en las posiciones encontradas de los trabajadores y los empresarios, en la defensa y el rechazo de la conservadora política del gobierno, en la actitud nacionalista de unos y extranjerizante de otros, y en fin, en la adhesión o la renuncia a ciertos valores culturales. En el plano propiamente político la lucha de clases se exhibe en los debates parlamentarios, en las discrepancias y forcejeos en el seno del gobierno, en el enfrentamiento de éste y los partidos de

oposición, en el reacomodo dentro de cada clase y en el fortalecimiento de algunos grupos y el debilitamiento de otros, bien a consecuencia de una elección o de decisiones burocráticas, que de uno u otro modo son formas de la lucha por el poder. Pero como antes dijimos, el rasgo principal y el saldo más significativo de la lucha de clases, en los últimos años, consiste en la creciente explotación de los trabajado-



res y en que no obstante casi no haber crecido el ingreso global, éste se trasladó desde la mayoría del pueblo a una minoría privilegiada, en sus niveles más altos oligárquica, y en parte se fugó al extranjero como tributo que nuestro país paga por su subordinación, en particular a los Estados Unidos. A consecuencia de esos desplazamientos lo que hoy suele llamarse «pobreza extrema» o sea la miseria, se extendió dramáticamente entre millones de mexicanos, sin que el pueblo y sus todavía débiles luchas pudieran impedirlo. Ahora bien, si el fruto del esfuerzo y del trabajo del pueblo se hubiera concentrado en lo fundamental en un puñado de ricos nacionales, su situación habría sido muy difícil pero al menos tales recursos habrían quedado en buena parte dentro del país. Mas lo cierto es que la

severa presión sobre los salarios es, además, resultado del masivo y oneroso traslado de fondos que México, y en general Latinoamérica y el Tercer Mundo en su conjunto tuvieron que hacer hacia las

potencias acreedores. El que en los últimos y más difíciles años de la crisis nos hayamos vuelto grandes exportadores netos de capital, por sí solo da cuenta de la magnitud del saqueo de que hemos sido víctimas a través de la deuda externa, el intercambio desigual, la transferencia tecnológica, la fuga de capitales y otros mecanismos.

Acaso en ninguna otra fase de nuestra historia pagamos un precio tan alto por la dependencia, un precio que, además, desde luego no puede medirse sólo en pesos y centavos sino que nos ha costado todavía más en términos de soberanía y de renuncia a nuestra independencia.

La intervención, sobre todo de los Estados Unidos en nuestros asuntos internos se advierte hoy en los más diversos planos. La propia política, en realidad no só-

lo económica sino social y cultural, interna e internacional, con la que se pretende hacer frente a los más graves problemas, no es en rigor una política que hayamos adoptado libremente.

En gran medida se nos ha impuesto desde el exterior, sobre todo por el capital trasnacional y los organismos financieros internacionales, como se nos imponen ciertos patrones tecnológicos, la obligación de abrir la economía hacia el exterior y de favorecer al mismo tiempo a la inversión privada, así como un consumismo dilapidador que atenta contra el desarrollo y nos impide usar productivamente nuestros escasos recursos.

La dominación imperial se expresa también en las nuevas y cada vez más importantes plataformas de exportación en poder de empresas maquiladoras extranjeras, en el traslado de actividades estratégicas al capital extranjero, en el ámbito de las telecomunicaciones y en la prensa; en torno al gran negocio ilícito que hoy es el narcotráfico, en el intento de imponer nos al estilo de vida y ahora incluso el «modelo» de democracia norteamericanos. A partir de la Iniciativa para las Américas, de Bush, el peligro de que los Estados Unidos extiendan y consoliden su poder en nuestros países se convierte en realidad, al proponer que el Tratado de Libre Comercio con México sea sólo el punto de partida de una estrategia que pretende hacer de todo el hemisferio una zona libre, en la que los capitales, las mercancías y los servicios de empresas estadounidenses se

muevan como en su casa, lo que equivale a hacer realidad la vieja doctrina Monroe y su reclamo imperial de: América para los norteamericanos.

Y ¿cómo explicar que ante una situación tan grave y que de manera tan profunda lesiona nuestra soberanía, sean pocas las acciones y débiles las fuerzas que hoy defienden los mejores intereses nacionales de nuestros pueblos? En parte porque la dura competencia sobre todo de Alemania y Japón, a que los Estados Unidos han tenido que enfrentarse en años recientes y los enormes desequilibrios financieros internos y en su balanza comercial, los han hecho reafirmar el propósito de subordinar a Latinoamérica y el Caribe a sus intereses, y de hacer de todo el continente un vasto y rico territorio dominado fundamentalmente por ellos.

En parte, también, porque las fracciones burguesas que en otros momentos trataron de defender desde posiciones nacionalistas, al menos ciertos aspectos de nuestra soberanía, han sido desplazadas por otras, han perdido significación y ya no tienen el peso económico ni la influencia política de otros tiempos. Y las ahora dominantes y que en nuestros países no sólo son dueñas de las principales riquezas sino que ejercen el poder, en rigor no creen en la viabilidad de la independencia, aceptan la nueva división internacional del trabajo y los mecanismos y formas de inserción que el capital trasnacional les impone, como la única opción a nuestro alcance, y creen que colaborar con el impe-

rio es mejor que enfrentarse a él, en una lucha difícil y — según ellas — sin posibilidades de éxito.

Por último, porque las fuerzas populares y progresistas, pese a todo nacionalistas y que sin duda son la base de esa lucha permanecen a su vez en buena parte dispersas; carecen de organización, incluso suelen no comprender la importancia decisiva que tiene hoy la defensa de nuestra soberanía ni la forma en que la subordinación al extranjero frena, desvía y aun impide nuestro desarrollo y afecta, de múltiples maneras, las condiciones de trabajo y el nivel de vida de millones de mexicanos.

Y aun entre quienes comprenden la importancia de esa lucha, a menudo siguen presentes viejas rutinas, enfoques y métodos inadecuados, posiciones estrechas y dogmáticas, actitudes sectarias que aislan y debilitan, prácticas antidemocráticas y formas de trabajo en cierto modo artesanales y poco eficaces, que en conjunto revelan incapacidad para llevar la lucha a planos superiores y para interesar, en participar en ella, a fuerzas muy amplias y diversas.

O sea que en el pueblo mismo falta conciencia, claridad acerca de lo que significa y la manera como nos lesiona la política de los grandes imperios — empezando con la del poderoso vecino del Norte —, y capacidad para organizarse, unirse y librar con éxito la sin duda difícil, riesgosa y dura lucha que, como en otros momentos de nuestra historia, es preciso acometer ahora para preservar y fortalecer la independencia. Y entre otras formas ello se expresa en planteos,

propuestas y demandas de múltiples organizaciones, que en general no vinculan estrechamente sus acciones principales, y menos todavía su quehacer cotidiano, a la lucha en defensa de nuestra soberanía nacional y popular.

Programa Popular Unitario y Estrategia Alternativa

Para superar al menos algunas de esas limitaciones y fallas, sin perjuicio desde luego de sostener e impulsar ciertas luchas aisladas, lo que a estas horas procede es fortalecer el movimiento popular en su conjunto y demostrar que la simultaneidad de ciertas acciones no es casual, sino el signo de una movilización y aun de procesos organizativos cada vez de mayor alcance y susceptibles de articularse.

Al respecto es comprensible que algunas organizaciones centren su atención en lo que hacen y aun se desentiendan de lo que otros intentan. El que tales organizaciones se refuercen y avancen es importante; pero si en efecto hay un movimiento popular, lo que procede es que actuemos en él, que utilicemos los variados y ricos cauces que nos ofrece y contribuyamos a que la lucha popular, en su conjunto, cobre cada vez mayor significación. O sea que empecemos por no menospreciar lo que otros hacen, conocerlo y darlo a conocer; aprovechar, en su caso, sus aportes así sean modestos; intercambiar experiencias, dialogar y apoyarse mutuamente, pues todas ellas son formas concretas de impulsar el movimiento popular.

Y una más importante es avanzar en la forja de un programa popular unitario y una estrategia alternativa. Quienes critican a las organizaciones democráticas que postulan la necesidad de un profundo cambio en nuestro país, reiteran a menudo que tales fuerzas son incapaces de hacer una propuesta global coherente y, más todavía, de someter a la Nación un programa político digno del nombre. Repiten, asimismo, que sus planteos son negativos, parciales, con frecuencia demagógicos, y que lo que proponen hacer es confuso y sobre todo, inviable.

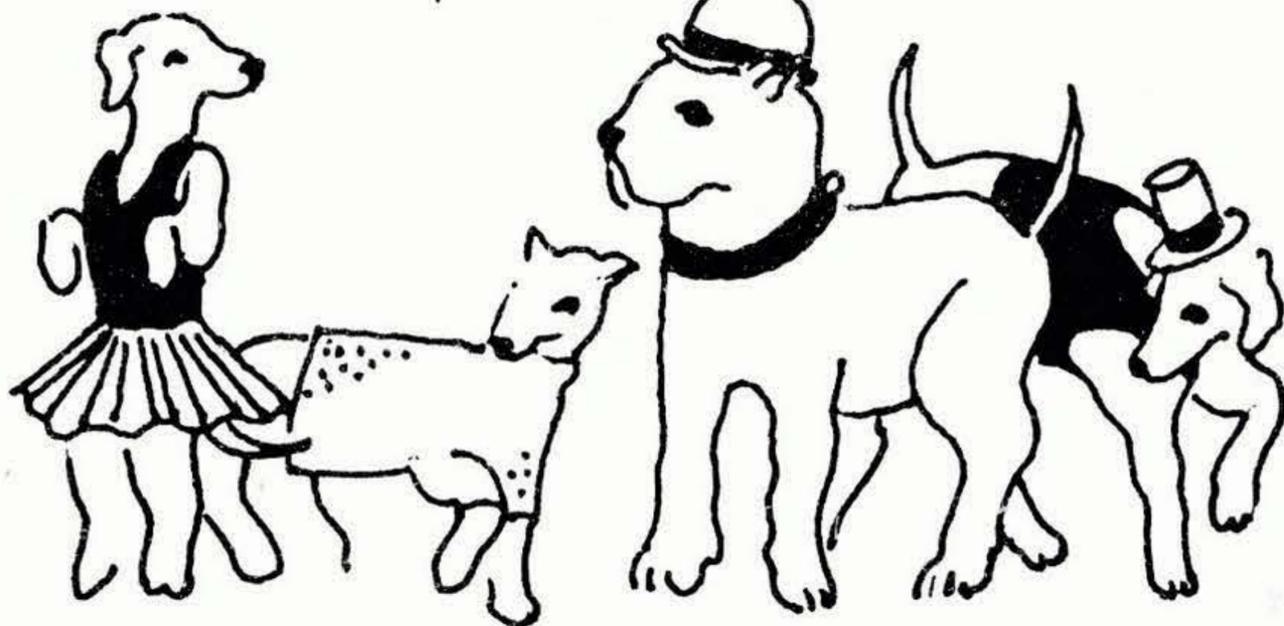
Tales opiniones son infundadas salvo en cuanto a que, en efecto, hasta ahora ha faltado un programa que el pueblo sienta suyo y

el pueblo no sólo esta demostrando capacidad sino que en la acción misma y aun sin tener clara conciencia de ello, está de hecho contribuyendo a la forja de ese programa. En efecto los más serios exámenes de lo que ocurre, la crítica a aspectos centrales de la política gubernamental, el señalamiento de los problemas hoy más graves y de cómo afectan a nuestro desarrollo y a diferentes segmentos de la población, la recapitulación sobre ciertas luchas, el planteo de demandas, la formulación de propuestas, a veces ya compartidas por distintas organizaciones y grupos, todo eso constituye un valioso aporte a la formulación de un programa político del pueblo. Y sin menospreciar, desde luego,

la contribución que en tal sentido puedan hacer y que seguramente harán diversas organizaciones y estudiosos de la realidad nacional, todo ello demuestra que el pueblo es el protagonista central en la construc-

ción de su programa, es decir, en la forja de un instrumento político de primer orden para eslabonar, integrar y dar creciente unidad a las numerosas luchas que hasta ahora se han librado, en general de manera aislada y dispersa. Incluso no es exagerado decir que si, como es de desearse, de abajo

José Luis Rodríguez



que esté dispuesto a defender. Y por fortuna nuestro pueblo tiene capacidad indudable para elaborar tal programa.

En otros artículos, el que esto escribe ha señalado algunas cuestiones de interés al respecto.¹ Esta vez no volveremos sobre ellas. Lo que nos importa subrayar es que

arriba y en forma genuinamente democrática — ésto es sin que nadie pretenda suplantar a otros ni decidir a espaldas de los demás — se avanza en la construcción de ese programa, el movimiento popular dará un salto cualitativo y empezará a demostrar una potencialidad global muy superior a la de sus partes integrantes.

Un programa popular unitario, en torno al cual concurren múltiples organizaciones y que de manera sencilla y clara de cuenta de lo que el pueblo piensa acerca de la situación nacional, de los problemas más graves y de lo que se propone hacer frente a ellos, en un momento como el actual puede ser una palanca formidable que movilice a vastos contingentes y les permita ampliar su capacidad de lucha. Sin ese programa, en cambio, muchos compatriotas inclusive de aquellos que forman parte de diferentes organizaciones no tendrán claro a qué aspiran y cómo esperan conseguirlo.

Cuando hablamos de un programa somos concientes de que los hay de muy diverso alcance. El que proponemos sería un programa modesto pero políticamente muy importante, una especie de primer programa mínimo en el que se establecieran ciertos objetivos fundamentales cuyo logro contribuiría grandemente a fortalecer el movimiento popular, a cambiar una desfavorable correlación de fuerzas y a preparar al pueblo para acciones más complejas y ambiciosas. Sin perjuicio de que algunos partidos se planteen ya como objetivo central la conquista del poder, el programa

popular no iría de momento tan lejos porque el pueblo aún no comprende la importancia de tal cuestión, porque carece de la organización necesaria para avanzar en ese sentido, e incluso porque todavía desconfía de la lucha política y no tiene clara conciencia de lo que significa la lucha por el poder y por tanto el esfuerzo, la entrega y los sacrificios que esa lucha reclama.

Recoger y sintetizar las reivindicaciones centrales del pueblo y convertirlas en un ariete que impulse y oriente sus luchas, bastaría a estas horas para dar un rico contenido al programa popular que hoy hace falta. Y entre ellas seguramente figurarían en lugar destacado reclamos tan justos como el de elevación inmediata de los salarios, que como se sabe se han reducido dramáticamente; mejores condiciones laborales, que también se han deteriorado al amparo de una política abiertamente antipopular; combate eficaz a la miseria, actualización de la reforma agraria y mejoramiento de las condiciones de vida en el campo; trabajo para quienes carecen de empleo; no discriminación a la mujer; servicios básicos, sobre todo para quienes viven en las colonias más pobres de las grandes ciudades, y que a menudo no disponen de agua potable, vivienda, servicios de salud, pavimentación, luz ni transportes adecuados; elecciones limpias en las que se cuenten y respeten honradamente los votos; ejercicio sin cortapisas de los derechos consagrados en las leyes y plena vigencia de las libertades democráticas que con

tanto esfuerzo ha conquistado nuestro pueblo; fortalecimiento de la economía y sobre todo de la planta productiva realmente mexicana; menos injusto reparto de la riqueza; control público de actividades estratégicas; fin a la arbitrariedad, la manipulación el autoritarismo y la corrupción; democratización del Estado y del gobierno, y participación de la gente en la toma de las decisiones que más le afectan; y firme defensa de nuestra soberanía y nuestra independencia, pues sólo en la medida en que las preservemos y fortalezcamos, seremos dueños de nuestro propio destino.

El que un programa popular se base en hechos y no sólo en palabras, recoja demandas fundamentales y se exprese en ideas coherentes y sencillas tiene importancia; pero lo que realmente le da vida es que se luche por él, que se haga valer y, sobre todo que la lucha misma haga posible rebasar los obstáculos más tenaces y cambiar las cosas. Y aquí es donde una estrategia y una línea de acción juegan el papel decisivo para hacer que ese programa se lleve a la práctica.

A estas alturas es obvio que pensar que en el marco de la conservadora política en boga se pueden resolver los más graves problemas del país y del pueblo, sería una ilusión, como lo sería también creer que si esa política se modificara en ciertos aspectos, cumpliría su cometido. Lo que se requiere es otra política, una verdaderamente nueva, muy distinta de la actual y que realmente responda a los intereses nacionales y popula-

res, esto es una política que haga crecer a nuestra economía con cierta estabilidad, independencia y democracia, que utilice racionalmente los recursos de que disponemos y asegure trabajo y condiciones de vida dignas a todos los mexicanos. O en otras palabras, se requiere una estrategia alternativa de desarrollo que, lejos de imponerse burocráticamente de arriba abajo, resulte de la participación conciente, libre y democrática del pueblo.

Y esa estrategia, y sobre todo la estrategia y la táctica políticas más consecuentes capaces de llevar a la victoria, tienen que ser expresión y fruto de la lucha, es decir de la capacidad del pueblo para entender la realidad y responder a sus problemas y exigencias; para organizarse, para actuar, para defender sus derechos ejerciéndolos, ganar a otros esa lucha, elegir y preparar a sus dirigentes, forjar una genuina vanguardia revolucionaria, unirse y avanzar hacia el poder, hasta conquistarlo y asegurar que el pueblo sea quien gobierne.

Perspectivas

Y ¿cuáles son las perspectivas de esa lucha? Si tenemos razón en cuanto a que la situación a que hoy nos enfrentamos es muy difícil, esto querría decir que la lucha es también difícil y sus perspectivas, sobre todo a corto plazo, bastante inciertas. Lo que desde luego no significa que nada pueda hacerse o que sea imposible avanzar y, a su hora, inclusive triunfar. La evaluación de las perspectivas no es algo

que pueda hacerse en abstracto ni a partir de posiciones absolutas. Las posibilidades de avance dependen, en realidad, de múltiples variables: de lo que pretenda hacerse, o sea de la magnitud y naturaleza de las metas; de los medios de que se disponga, del momento en que se actúe, de cómo se proceda, de quién lo haga, del nivel de organización, de conciencia y aun del estado de ánimo de la gente, y de otros factores. Lo que quiere decir que la lucha cambia a medida que se desenvuelve, y por tanto nunca es exactamente la misma.

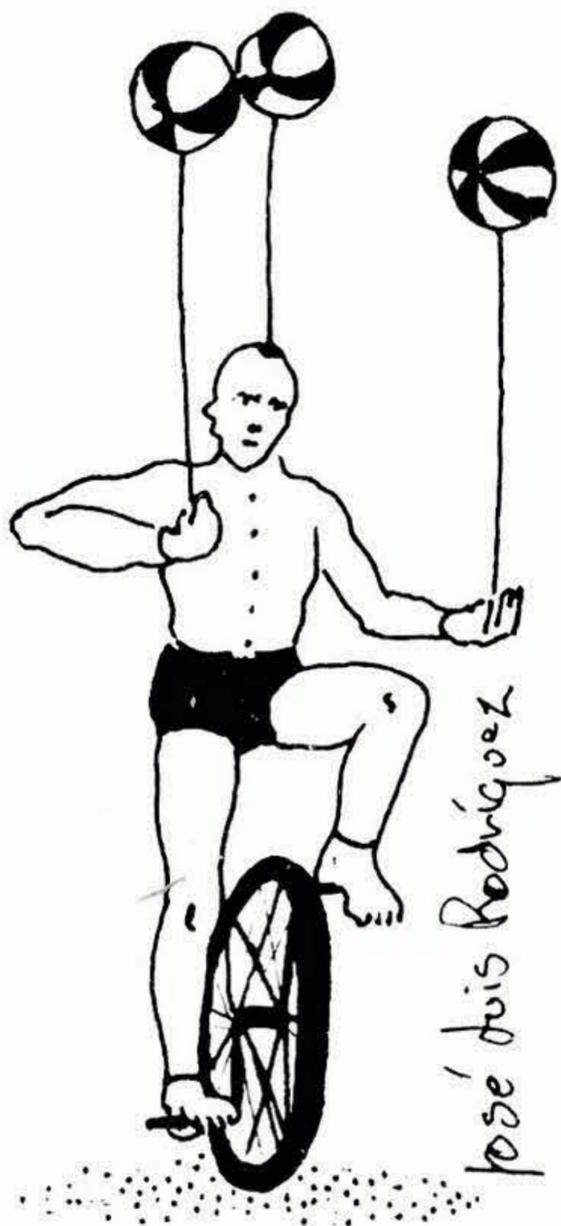
A corto plazo, las fuerzas democráticas y progresistas podrían plantearse tres objetivos muy importantes que no sólo no se excluyen sino que debieran apoyarse entre sí, y que serían a la vez condición para alcanzar una meta política fundamental y empezar a cambiar realmente el estado de cosas que hoy priva en la Nación. El primero de esos objetivos sería fortalecer el movimiento popular, el segundo activar la lucha electoral y de masas y el tercero enriquecer el conocimiento de la realidad e intensificar el trabajo de propaganda y la lucha ideológica.

Fortalecer el movimiento popular, o sea entender que no estamos solos y que las luchas que ciertos segmentos del pueblo libran no son un hecho aislado sino parte de un esfuerzo de mayor dimensión y que involucra a millones de mexicanos, es el punto de partida de una nueva manera de actuar, que deveras nos permita cobrar conciencia y aprovechar el potencial a nuestro alcance. Pues bien, para fortalecer ese movi-

miento en bien de todos sus integrantes es preciso, como ya dijimos, forjar un programa popular y una nueva estrategia, ver la democracia no sólo como un fin sino como medio de acción, conocernos y apoyarnos mutuamente, unirnos por encima de nuestras explicables discrepancias; saber concertar alianzas y comprender que la amplitud y diversidad del movimiento popular reclama no caer en posiciones estrechas o sectarias y proceder con respeto hacia los demás, flexiblemente y con la mayor sensibilidad incluso ante las acciones más modestas del pueblo.

Activar la lucha electoral y de masas es un segundo e importante objetivo estrechamente relacionado al anterior, pues si deveras se fortalece el movimiento popular y la capacidad de acción conjunta, ello se demostrará tanto en la lucha de masas como en las próximas elecciones. Los comicios de agosto son una prueba difícil. El gobierno se ha fortalecido en el DF y confía en recuperar la entidad que, por primera vez, perdió en julio de 88. El PAN ha obtenido recientes triunfos y anuncia que espera ganar nuevos puestos. En cuanto a las fuerzas progresistas, que al parecer participarán lamentablemente divididas, entraña un reto convencer a la población de que vote y lograr un triunfo comparable al que consiguió Cuauhtémoc Cárdenas hace tres años. La lucha electoral en estos momentos es importante, y desde luego no excluye la lucha de masas, del mismo modo que ésta no excluye a aquélla. En rigor ambas deben apoyarse. La

importancia de las elecciones, sobre todo del DF, no es sólo inmediata: lo que ocurra en agosto in-



fluirá, querámoslo o no, en la perspectiva de las elecciones presidenciales de 1994.

Un tercer objetivo es hacer el máximo esfuerzo para que la gente comprenda lo que verdaderamente acontece en el país, pues hoy está en gran parte ganada por el discurso engañoso y demagógico de la clase en el poder y por la cultura evasiva, conformista, extranjerizante y apologética de la televisión. Al menos las fuerzas progresistas deben lograr que su mensaje sea claro, convincente, digno de confianza y que llegue a millones de mexicanos. Y si los objetivos antes mencionados se alcanzan, ello hará posible conseguir una cuarta meta, en verdad

fundamental: empezar a cambiar, en favor del pueblo, la actual desfavorable correlación de fuerzas, lo que sin duda permitiría llevar la lucha más lejos y acometer tareas más ambiciosas.

El logro de lo anterior haría posible, en efecto, levantar la mira y aspirar a mayores avances. Uno de ellos podría ser lograr modificar ciertos aspectos de la política gubernamental, lo que hasta ahora no fue posible. Por ejemplo elevar el gasto social, concretamente en educación y salud; mejorar salarios e ingresos de pequeños y medianos productores; no debilitar la regulación del mercado de productos básicos u optar por una política diferente respecto a la deuda externa, la apertura irrestricta hacia el exterior, la especulación financiera, o sobre el tratado de libre comercio con los Estados Unidos y Canadá.

Un aspecto importante podría ser lograr que se abandone la política antiobrera y se reconozcan, de nuevo, derechos laborales que ahora se niegan o violan, y que se respete la autonomía de los sindicatos.

Otro avance sería democratizar el régimen electoral pues lo cierto es que siguen presentes graves fallas e irregularidades, que los partidos de oposición se hallan en desventaja frente al PRI y que, como pudo apreciarse después de la XIV Asamblea, este partido, no se ha logrado que sus miembros elijan democráticamente a sus candidatos.

A partir de todo ello sería posible que las fuerzas progresistas

triunfaran en elecciones significativas, a la manera como lo ha logrado recientemente el PAN, y que tanto en el Congreso como en el Ejecutivo Federal y en gobiernos locales y municipales, aumentara sensiblemente su presencia.

Un siguiente, sin duda más complejo nivel de la lucha por el poder sería tratar de obtener la presidencia de la República, posición clave que desde luego el bloque en el poder siente propia y que defenderá celosamente y tratará de preservar a cualquier precio. Las fuerzas progresistas cuentan al respecto con Cuauhtémoc Cárdenas, experimentado dirigente que conoce el país y que es ampliamente conocido, goza de prestigio, ha conquistado creciente autoridad y despierta innegable simpatía en amplios sectores del pueblo. Pero triunfar en 94 no será fácil, y nada autoriza a pensar que el formidable avance logrado en 88 se logrará mecánicamente. Si, como es previsible, Cárdenas vuelve a ser candidato a la presidencia, su perspectiva se verá afectada — como ya dijimos — por el resultado de las elecciones de agosto, y sobre todo por lo que se haga de entonces en adelante. El cómo se desenvuelva la situación económica, social y política, y las relaciones sobre todo con los Estados Unidos, influirá sin duda en las elecciones de 94, y acaso en mayor medida lo hará que el candidato, sin perjuicio de estar vinculado y aun de dirigir un partido, sea un indiscutido candidato del pueblo que adopte una línea política amplia, fresca, flexible, independiente, constructiva, verdade-

ramente unitaria, desprovista de radicalismo verbal, que responda a los retos que una compleja situación plantea y que genuinamente represente y sea capaz de movilizar, contribuir a organizar y llevar a las urnas incluso a fuerzas más vastas que aquellas a las que Cárdenas y el Frente Democrático Nacional atrajeron en julio de 1988. Los comicios de 1994 entrañan un reto insoslayable. Y como pueden culminar en una gran victoria, pueden también llevar a una derrota de graves consecuencias para las fuerzas renovadoras. Lo que ocurra será, además, resultado de lo que se haga de aquí en adelante, de la capacidad para ganar al pueblo a una lucha cotidiana — y no sólo los días de elecciones —, y para proceder con responsabilidad, sin actitudes demagógicas o triunfalistas, con total respeto a las organizaciones, grupos y aun personas que a título individual participen, con plena conciencia de que el adversario no es débil y de que para vencerlo será preciso un programa y una estrategia que recojan, fundamenten y aseguren la viabilidad de una propuesta que abra nuevos cauces al desarrollo nacional.

Si esas fuerzas lograran triunfar en 94, a partir de la presidencia y de otras posiciones tratarían, seguramente, de hacer del gobierno uno realmente democrático-popular. Pero ganar la presidencia y aun el gobierno no equivale a conquistar el poder. Aun entonces, el poder real — económico-financiero, social, cultural y aun político y militar — seguiría en manos de fuerzas poderosas que no renun-

ciarían a él tan sólo porque hubiesen perdido una elección. Por ello es de esperarse que aun de resultar victoriosas las fuerzas renovadoras en 1994, se abriría una etapa decisiva en la lucha del pueblo, una etapa en la que éste y sus dirigentes tendrían que demostrar su capacidad no sólo para mantenerse en el gobierno sino para crear una nueva estructura de poder, lo que supondría enfrentarse exitosamente a las clases y grupos empeñados en mantener el viejo orden de cosas, a que sus intereses están estrechamente ligados. Para hacer posible una favorable correlación de fuerzas y el cambio político consiguiente, tendrían que realizarse profundas reformas de todo orden, rescatarse recursos y actividades de los que hoy no se dispone, romper el dominio monopolista que la oligarquía doméstica y el capital trasnacional ejercen en múltiples campos, democratizar la propiedad, el Estado y el sistema político en su conjunto, y reorganizar y fortalecer los medios de información y de acción al alcance del pueblo, pues como se sabe y lo demuestra la experiencia, la sola hostilidad probablemente de los Estados Unidos y de otras grandes potencias a cualquier intento serio de cambiar el estado de cosas que hoy priva en

nuestro país, obligaría a luchar resuelta y firmemente en defensa de la soberanía nacional.

Lo que quiere decir que la etapa a que nos referimos, necesaria para asegurar el triunfo incluso después de una victoria electoral, y para lograr el bienestar, la democracia y la independencia a que se aspira, supone nada menos que una lucha revolucionaria, una lucha que afectaría las bases mismas del sistema social y que, a partir de cierto momento tendría que trascender al capitalismo y orientarse en una dirección propiamente socialista y a la vez profundamente mexicana, que respondiera a nuestras condiciones y posibilidades, pues ofrecer como alternativa al capitalismo de carne y hueso que hoy padecemos, un capitalismo democrático, antimonopolista, independiente, racional y justo, es decir, un capitalismo utópico, equivaldría a negarnos a avanzar hacia el futuro y a encarar los problemas reales que sin duda plantea construir una nueva sociedad, y a conformarnos con una mera ilusión.

1 Véase: "Hacia un programa político del pueblo", en *Estrategia* No. 85, enero-febrero de 1989, así como: "Importancia política de un programa popular unitario". *Estrategia*, No. 97, enero-febrero de 1991.